

## Achim von Arnim:

### El inválido loco en el Fuerte Ratonneau (7)

Después de haber derramado un torrente de lágrimas, Rosalía se fue serenando paulativamente y le dijo: si ella lograra poner el fuerte en manos del Comandante sin violencias y sin derramamiento de sangre, ¿se reconocería entonces que toda la conducta de Francoeur se debía a su demencia y le sería concedido el indulto? “¡Sí, lo juro! — exclamó el Comandante —, pero es inútil, a usted la odia más que a nadie y ayer le gritó a uno de nuestros hombres de avanzada, que entregaría el Fuerte si le enviáramos la cabeza de su mujer”. “Yo lo conozco — continuó la mujer —, quiero conjurar al demonio que tiene adentro, le quiero llevar la paz, de todos modos moriría con él, así que sólo significaría una ganancia para mí, el morir por su mano, con la cual estoy unida por el más sagrado de los juramentos”. El Comandante le pidió que lo pensara bien, trató de descubrir sus propósitos, pero no se resistió a sus ruegos ni a la esperanza de poder evadirse de esta forma a su segura destrucción.

El Padre Felipe había llegado hasta la casa con la noticia de que el insensato Francoeur había izado ahora una gran bandera blanca sobre la cual estaba pintado el demonio, pero el Comandante no quiso escucharlo y le ordenó presentarse de inmediato en las habitaciones de Rosalía, porque ésta quería confesarse. Luego de haberse confesado con un ánimo de absoluta entrega a la voluntad de Dios, Rosalía le pidió al Padre Felipe que la acompañara solamente hasta una pared rocosa segura, donde no lo podría alcanzar ninguna bala. Allí le entregaría a su hijo y dinero suficiente para su crianza, ya que ella todavía no podía separarse de su pequeño y amado hijito. Él se lo prometió titubeante, luego de haberse informado con otros, de que realmente estaría a cubierto de las balas en el lugar indicado por Rosalía, ya que había perdido por completo su fe en el poder de exorcizar al demonio. Ahora reconocía que lo que él había exorcizado hasta ahora seguramente no había sido el verdadero demonio, sino solamente un simple encantamiento.

Rosalía, con el rostro bañado en lágrimas, vistió por última vez a su hijito de blanco, con cintas rojas, luego lo tomó en sus brazos y bajó las escaleras calladamente. Abajo la esperaba el anciano Comandante, que sólo le pudo estrechar la mano teniendo que volverse, ocultando su rostro, pues se avergonzaba de sus lágrimas ante los demás presentes. Así fue que salió a la calle. Nadie sabía qué se había propuesto hacer, el Padre Felipe quedó un poco más atrás, pues de buena gana hubiera querido ser dispensado de tener que acompañarla. Luego le siguió por las calles una multitud de personas desocupadas, que le preguntaban qué significaba todo eso. Muchos maldecían a Rosalía, porque era la mujer de Francoeur, pero estas maldiciones no le llegaban.

El Comandante, por su parte, dirigía mientras tanto a su gente por caminos secretos hasta los lugares indicados, desde los cuales se debía iniciar el ataque, en caso de que la mujer no pudiera conjurar la locura de su esposo.

Ya en la entrada de la ciudad, la multitud abandonó a Rosalía, porque de tanto en tanto, Francoeur disparaba sobre esa superficie, e incluso el Padre Felipe se quedó diciendo que se sentía demasiado débil, que tendría que sentarse a descansar un poco. Rosalía lamentó mucho su falta de fortaleza y le indicó cuál era la pared rocosa donde se refugiaría para amamantar por última vez a su adorado hijito, que luego lo dejaría acostado allí, envuelto en su tapado pues allí estaría seguro y que, por favor, lo rescataran de ese lugar en caso de que ella no pudiera regresar. El Padre Felipe se sentó detrás

de una roca rezando, Mientras Rosalía siguió con paso seguro hasta el refugio rocoso, donde amamantó a su niño y lo bendijo; envolviéndolo luego en su tapado, lo arrulló hasta dejarlo dormido. Allí lo depositó en el suelo con un profundo suspiro, que desgarró los nubarrones que llevaba en su alma, de modo que un cielo azul y los cálidos rayos del sol le iluminaban el rostro. Ahora estaba ya en la visual del endurecido hombre, a medida de que se iba alejando del refugio de la pared rocosa. Un fogonazo surgió desde el portón, una presión, como si la quisiera arrojar al suelo, un bramido en el aire y un silbido simultáneo, le indicaron que la muerte había pasado casi rozándola. Pero ya no sentía ningún temor, una voz interior le decía que nada que fuera forjado en este día podría ser destruido jamás, y su amor por el hombre, por el niño, todavía impulsaba su corazón, cuando vio a su esposo parado ante ella, sobre la muralla de la fortificación, cargando el arma, y escuchó gritar al niño a sus espaldas. Ambos le producían más compasión que su propia desgracia, y el doloroso camino que emprendía no merecía el más doloroso de los pensamientos de su alma. Y un nuevo disparo ensordeció a sus oídos arrojándole al rostro trozos de roca pulverizada, pero ella rezaba elevando su vista al cielo. Y así llegó hasta el angosto sendero de roca, el que, como una especie de pasillo alargado, estaba destinado a concentrar con avarienta saña la masa del mortífero disparo de dos cañones cargados con metralla sobre aquellos que se acercasen. “¿Qué estás mirando al cielo, mujer?! — bramó Francoeur — no mires al aire, tus ángeles no van a venir, aquí está tu demonio y tu muerte”. “Ni la muerte, ni el demonio me podrán separar de tí”, respondió ella resignada, y continuó subiéndolo los elevados peldaños. “¡Mujer! — gritó él —, tienes más coraje y valor que el diablo, ¡pero igual no te servirá de nada!” Él soplo reavivando la mecha que estaba por apagarse en ese momento, la transpiración brillaba perlada en su frente y sus mejillas, parecía como si dos naturalezas estuvieran luchando en su interior. Y Rosalía no quiso interrumpir esta lucha ni anticiparse en el tiempo, en el cual comenzó a confiar cada vez más; no siguió avanzando. Cuando estuvo a tres escalones de distancia de los cañones, donde se cruzaba el fuego de los mismos, se arrodilló sobre la piedra. Él se desgarró el saco y el chaleco en el pecho, dejándolo al descubierto, para obtener más aire, enredó sus dedos entre sus enmarañados cabellos que le colgaban hirsutos sobre su frente y comenzó a arrancárselos furiosamente. Con los salvajes golpes que comenzó a darse en la frente, se reabrió la herida que tenía en la cabeza, las lágrimas y la sangre que brotaba de la herida apagaron la mecha encendida, y un huracanado remolino de viento dispersó la pólvora de la boca de encendido de los cañones y tumbó la bandera del demonio que flameaba en la torre. “¡El desollador se abre paso, está gritando desde la chimenea!”, gritó tapándose los ojos. Luego volvió en sí, abrió el portón de rejas, tambaleante, llegó hasta donde estaba su mujer, la levantó, la besó y finalmente dijo: “El negro minero se ha cavado un camino, nuevamente brilla la luz en mi cabeza y puede pasar el aire, deseo que el amor prenda nuevamente un fuego, para que nunca volvamos a tener frío. ¡Oh Dios, cuánto he pecado en estos días! No festejemos nada, me van a conceder sólo algunas pocas horas más; ¿dónde está mi hijo? Lo quiero besar porque todavía estoy libre.

Continuará...

Trad. del alemán: Edeltraut Steger de Pepe.



Nº 15 - BUENOS AIRES/2017 - GRUPO SURREALISTA DEL RIO DE LA PLATA

### Inmuebles en el sueño

Las arquitecturas en el sueño a veces reproducen espacios que nos resultan familiares, ya sean pasados o presentes, queridos o indeseables, pero también otros completamente insospechados.

A veces basta un espejo para que refleje un ambiente que no se corresponde con la “realidad”, tal como sucede en el segmento de «Al caer la noche» filmado por Robert Hamer (1). O una habitación como aquella de «El cuarto del pasillo», de Mary Wilkins-Freeman, donde el pasajero en una pensión, al intentar alcanzar apoyados sobre una cómoda un frasco de remedio y una cuchara, descubre que el cuarto se ha vuelto “elástico”, que es mucho más amplio en la completa oscuridad que durante el día o a la luz de las velas. El personaje se desplaza sin llegar nunca a su destino, pero atraído por una fragancia arrobadora (una mezcla de lirios, violetas y resedas), “mientras sus pies se apoyaban sobre algo como el aire o como el agua”.

Un fenómeno muy parecido ocurre en «El número 13º», de M. R. James. Allí, en un viejo hotel de Viborg, en Dinamarca, cuya habitación con el número 13 ha sido salteada de ex-profeso (así como en ciertos rascacielos de Nueva York, donde se pasa del piso 12 al piso 14), sucede que, durante la noche, el cuarto injuriado reaparece, presionando y empujando a las alcobas adyacentes. Reducidas en su tamaño — cada una de ellas se ve privada de una ventana, que pasa a pertenecer al cuarto fantasma —, sus huéspedes resultan testigos involuntarios de “una voz que cantaba o gemía (...) hasta transformarse en una risa sofocada, casi un gruñido”.

Se dirá que, en la literatura o en el cine, el tema de la “habitación embrujada” es uno de los tópicos más trillados que existen y sus ejemplos serían incontables. Empero, hago notar, que casi siempre se refieren a

(1). «The Haunted Mirror» (1945), con guión de John Baynes sobre el cuento de E. F. Benson: «The Chippendale Mirror» (Pearson's Magazine, Mayo de 1915).

los fantasmas que habitan en ellas, pero muy rara vez el propio fantasma es la arquitectura.

Yo mismo he llegado a transitar en algunos sueños recurrentes — a veces durante años — por esos limbos desconocidos.

En uno de ellos es simplemente una casa que, desde los fondos, se prolonga en una enorme cavidad interminable. Cubierto el suelo de escombros y absolutamente en ruinas, el túnel y su propósito ya de por sí constituyen un enigma. Pero también un desafío que inquieta y al mismo tiempo enorgullece — pues significa que la casa es diferente y única. Siempre sucede que estoy de pie frente al umbral, donde domina el silencio y se alza impalpable una bruma luminosa. El suelo está cubierto por un manto de tierra muy fina, casi lunar, que tiñe de blanco los zapatos. Avanzo a través de esa obra interminada o catastrófica. El lugar acaba por producir una sensación de profundo desamparo, una clara percepción de la propia fragilidad.

Otro de esos sueños me lleva hacia un departamento — ubicado en algún lugar de la ciudad, rigurosamente indeterminado, al que solamente yo puedo acceder a voluntad. Ese sitio sería completamente anodino, a no ser porque ofrece una peculiaridad: se trata de una cápsula del tiempo.

Con una emoción y un alivio indecibles ingreso en el monoambiente sin cuadros en las paredes, sin adornos, sin muebles, cuya única ventana siempre aparece cerrada, sus persianas siempre bajas. Iluminados por la luz eléctrica, todos los objetos, en desorden, se hallan esparcidos por el suelo. Me siento entre ellos y comienzo a repararlos uno a uno. Allí se encuentran cartas de amor perdidas, juguetes olvidados, restos de naufragios de mudanzas sucesivas; portaplumas de madera y de carey, cigarreras de latón de Las Canarias;





viejas postales con palabras optimistas, ilusionadas o esperanzadas, prolijamente redactadas y con hermosas caligrafías; revistas, cintas, libros, papeles...

En un tercer sueño descubro, una y otra vez, que allí donde mi casa razonablemente debería terminar, sin embargo se extiende. Ciertos días aparece en el centro de un patio, bajo la sombra de una parra, un kiosco o pequeña pagoda oriental, alrededor de la cual parten escaleras en distintas direcciones. Cuando eso sucede, sé que en los pisos superiores hay cuartos vacíos y en estado de completo abandono, que invitan, naturalmente, a realizar una somera recorrida. Pero, sobre todo, que están poblados de fantasmas. Las veces que subo siempre se aparecen y en una de las habitaciones, la fatal, su presencia es infalible.

Pero además hay niños, ancianos, familias enteras de fantasmas. Y los días de calor o cuando amenaza desatarse una tormenta, ya no se soportan y descienden al patio, para evolucionar y hacer sus desplazamientos en inmediaciones de la pagoda. Aunque nunca traspasan el límite de allí donde la casa se extiende y se enrarece, siempre su desborde me fastidia.

Entonces me las veo en figurillas para explicarles a las visitas lo que significan aquellas apariciones. Que no deben temerlas ni asustarse, que son pacíficas, inocentes, inocuas, inofensivas ...

JUAN CARLOS OTAÑO



## Cefaléutica de Buenos Aires.

Toponimia y guía histórica de los decapitados de Capital Federal.

### CALLE SAN FRANCISCO DE ASÍS (Villa Urquiza).

San Francisco de Asís (1182-1226) fue el fundador de la Orden de los Hermanos Menores que luego adoptará el nombre de su creador. Francisco no sólo gustaba sentirse hermanado con sus compañeros sino con todas las cosas del mundo y llamaba a su entorno hermana luna, hermano sol, hermano lobo. Otra de las entidades, la hermana muerte, prendió en el imaginario iconográfico de los siglos XVII y XVIII representando a Francisco en la inseparable compañía de una calavera.

Cierta «tanatolatría» rondaba en la hermandad. La recopilación de historias medievales llamada *Floreccillas de San Francisco y de sus compañeros* refiere al lamento del hermano Junípero quien al perder a un amigo muy querido de la Orden expresó luctuosamente: «¡Ay, infeliz de mí, que ya no me queda bien alguno, y todo el mundo se acabó para mí con la muerte de mi dulcísimo y amadísimo fray Attientalbene! Si no fuera porque no me dejarían en paz los otros hermanos, yo iría a su sepulcro, tomaría su cadáver y haría del cráneo dos vasijas. En una comería siempre en su memoria, con la otra bebería cada vez que tuviese sed. En alabanza de Jesucristo y de Francisco. Amén.»

El recurso de beber en la cavidad del cráneo es muy anterior al padre Junípero, de

## Quién soy yo.

Quién soy yo

Un compuesto de ayer y de lagarto

Lo que me interesa en este momento

Una mujer de la ciudad que tuviese en su bolsillo una caja con yodoformo

Lo que me asusta

Las damas-gatos del museo congelado

Lo que quisiera tener

La llave de no importa qué casa

Qué perfume elegiría

El olor a barniz con que recubren los ataúdes

Qué color prefiero

El de la rafia antes que el de la rosa

Y tus ojos

Ellos deberían parecerse a carbones humeantes

Tus ciudades

Cuando se las hace a partir de otras

Qué espero del sueño

La mayor cantidad posible de azules

Del amor

El máximo posible de calles encantadas

De la naturaleza

El máximo posible de pájaros disecados

El asno tiene más ternura que la mujer

Cuando está atado a una cuna después del diluvio

Cuándo dejaré de tener aversión por las oficinas

Cuando las dactilógrafas escriban en el bosque

En qué se reconoce un cementerio

En una tarjeta de visita

Por qué afino siempre el piano de una manera distinta

Porque no me agrada volver sobre mis pasos

Quién soy yo

Se debe preguntarme cuando duermo

VÍTĚZSLAV NEZVAL  
*Zpáteční lístek* (1933)



Hermana Serpiente

hecho se encontraron restos que cumplieron tal función de recipientes de 14,700 años de antigüedad. Para una historia similar ver nuestra entrada sobre Byron.

VICENTE MARIO DI MAGGIO  
Director encargado del Tre



GERARDO BALAGUER / JUAN CARLOS OTAÑO  
*Eclipse de sol en el Mary Celeste.*

## PAUL COWDELL – King's Quoit (\*)

Tres ojos rojos brillan en la colina negra  
Mientras desde las dunas del cementerio  
Un viento sin melodía de una inaudible música feérica  
tocando en tubos de solenides y en redes  
Alcanza a distinguirse

Desde las arenas del tren se alzan estacas  
Dardos purpúreos y trompetas despidiendo fumaradas  
de un corazón desfalleciente  
En nubes temblorosas

Un ojo verde,  
Un traqueteo de piernas por debajo de las alas con cabeza de escobilla

Un gruñido rasante bajo las piedras  
Y por encima de ellas un silbido entre los dientes de un animal  
Una propuesta para  
Los Excavadores del Cebo de 1933

Con dedos chamuscados y muslos de madera de terciopelo  
Equinos trepadores ascienden por secos y polvorientos deseos  
Desde la orilla  
Las formas depredadoras de huesos reptantes  
Encuentran la manera de salir de sus madrigueras  
En busca de la carne durmiente  
Ampollas de piel en los labios de cabezas lustrosas como paletas de jardinero  
Brillan al tacto del amante  
La piel immaculada ondula recuerdos derramados de aguas profundas

Rastros de pisadas de hombre holladas en la arena suave  
En una playa de verdes bigotes

Hay cascos quemados varados en la espuma  
Mientras con el uso las estacas fetiche se ennegrecen  
Y cada piedra circular es un mapa tallado de Ogham

Más tarde, en el tiempo de las montañas huecas  
Cuando los minutos brillan de oro contra un cielo de ojos cerrados,  
Los cuernos de las hadas resuenan nuevamente  
Revelando para los monjes desnudos  
Un recuerdo de la roca de las ocho en punto que no pueden traspasar

Mi corazón es el héroe desconocido mintiendo bajo el crómlech  
Que se escabulle a través de la arena,  
Con cada trago de latido peristáltico

Mi cabello cae sobre alas de paloma detrás de mi cabeza  
Con los dedos erizados por las lanzas secas  
Lanzadas desde los acantilados  
Buceo a través de los campos rodeados por el humo del misterio

Flores de reptiles se enroscan a mi alrededor  
En los agujeros a través de paredes y arbustos  
Donde silban los ecos de un rostro refulgente  
Y en pares numerosos contemplamos  
La ascendente oscuridad

(\*) "King's Quoit", nombre de una cámara funeraria neolítica situada en el oeste de Gales.

Impreso en Gráficas Contartese, Buenos Aires, marzo de 2017. // DAZET: www.archivosurrealista.com